

LO CAUSANTE

Los padres de la Constitución no son los causantes de la misma. Como en la Transición no hubo período de libertad constituyente, y el pueblo tuvo un papel pasivo, muchos agentes pretenden ser autores materiales de la criatura. Dilucidar esta cuestión tiene suma importancia, pues se trata de una hija que reparte poder, dinero, honores y fama. Y, como si fuera la de una prostituta desahuciada, la duda solamente la puede despejar la prueba de su paternidad, es decir, la tarea de buscar la causa eficiente del efecto constitucional. Esta investigación la hace posible un postulado esencial a todo lo creado. Si algo no puede salir de la nada, el efecto ya debe estar contenido en la causa. Entonces lo causante transmite alguna de sus propiedades a lo causado, y el efecto delata su causa como la fisonomía de los rostros la de sus progenitores. Sin fundarse en la libertad creadora, sin ruptura de la continuidad y contigüedad, todo lo sucesivo lleva impresa la marca de su precedencia y procedencia causal.

El ejemplo de las bolas de billar, usado por Hume para destruir la idea racional de la causa, y sustituirla por la de hábito del pensamiento explicativo, puede ilustrarnos la cuestión de modo racional si la miramos como los propios jugadores. Pues ellos sí saben que el efecto de la bola, corriendo y girando de manera determinada con arreglo a leyes de la dinámica, depende del golpe de taco. La causa de la jugada maestra no es el impulso muscular que empuja al taco, sino el efecto especial que un golpe especial del maestro comunica a la bola. La causa y el efecto son así no sólo inseparables, sino la misma cosa. La solidaridad de la causa con el efecto es absoluta. Este es el fundamento de las ciencias experimentales, en que se basó Kant para superar el escepticismo de Hume sobre la causa. Moralmente, también tienen ese fundamento solidario los cambios producidos por la libertad incondicional, como en guerras de independencia y revoluciones políticas. Que son, como la idea de Dios, causas efectivas de sí mismas.

No ocurre igual en los fenómenos de cambio social condicionado o dirigido por el poder del Estado. Donde el efecto se separa de la causa con desenvoltura, y su solidaridad con ella es relativa. Pues aunque reciba inicialmente la misma cantidad de fuerza que la contenida en la causa estatal originaria, sólo conserva al fin alguna de sus propiedades cualitativas. Un atento examen, en la Constitución, no sólo nos dará las señas de identidad de la causa final de la Transición, sino de las causas agentes de su proceso histórico o de la serie de actos sucesivos, pero inconexos, que lo definieron.

La Transición, en tanto que paso del modo autoritario de estar en la vida política a otro estado más liberal de la autoridad, lleva encerrada la necesidad de una



o varias causas del cambio. Pues toda relación causal es el paso de algo a algo. Lo causado, la Monarquía del Estado de Partidos, no podrá entenderse si no identificamos lo causante. Y aquí no valen las simplezas

de las explicaciones al uso de historiadores vulgares o propagandistas del sistema. La causa de los fenómenos políticos es una cuestión tan compleja que muchos pensadores prefieren sustituirla por la relación principio-consecuencia. Creo, sin embargo, que se trata de distintos tipos de relación, existentes en la realidad y que explican fenómenos distintos. Antes de arrojar la toalla causal, hay que entrar en el cuerpo a cuerpo de la pugna dialéctica que existió entre Ruptura y Reforma para saber si esta Monarquía ha sido un mero efecto desenvuelto de la causa que la contenía en potencia, es decir, del Estado dictatorial; o una consecuencia del principio de acción fundado en la conservación del poder por la categoría social que lo tenía antes, combinado con el de la conversión de las libertades en derechos.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

PLANTE EN BARCELONA

Los importadores de automóviles de turismo han puesto en su sitio a los organizadores del Salón de Barcelona. Una muestra monopolizada por la asociación de constructores nacionales que deja a sus competidores de mercado en los pabellones más incómodos y menos visitados. Todos los importadores agrupados en Aniacam —con la excepción de Honda—, han declarado su intención de no estar presentes en la exposición del próximo mes de mayo, tras agotar las negociaciones que mantenían con los dirigentes del Salón.

A partir de ahora, así lo cree Juan Bravo, intervendrá la política: la Fira es más de que

una feria y pondrá en marcha a todos los peones de la influencia catalana en Madrid para intentar reconducir la situación. Y cuando interviene la política resulta casi imposible que los criterios empresariales se impongan sobre otras razones menos claras.

Porque, en el fondo, subyacen una serie de privilegios a veces difícilmente explicables que suponen claro ejemplo de agravios comparativos. Por ejemplo, ¿los Mercedes Benz donde los buscaría usted? ¿En el pabellón de los vehículos fabricados en España? Pero esa es otra historia.

Juan BRAVO

SAN PINOCHO DE JAÉN

San Pinocho de Jaén cultivaba la picaresca para distraer al personal. Sus cabriolas fabulatorias, su pasión por la falsía, su amor por la mentira, su avidez de pasarela, su vocación de chismorrero felón y su imparable obsesión de contar a los cuatro vientos, pregonero de sí mismo, lo que conoce por mor de su oficio, dando tres cuartos a la insania mediática y voceando lo que debía ser reservado y protegido por respeto a su función, sitúan a San Pinocho en la cúspide de la mentira pernicioso, la que se dice siempre con el ánimo de perjudicar. Decía Shakespeare, cisne de Avon, sustraído hasta ahora del frente cultural de Eta —aunque todo pueda andarse en el mundo de la superchería garzonita— que «la vida es un cuento absurdo, contado por un idiota sin gracia, lleno de ruidos y furia». San Pinocho ha convertido su vida en una patraña sin bridas y sin estribos, en una corcova deprimida por bulos, bolas, troles, embelecros y fraudes. Su ruido y su furia ascienden por esa depresión porfiando por llegar al poder y a la gloria. Pero sólo llegan a la miseria volandera, a la helada y laboriosa nadería de los que



mienten más que hablan, de los que convierten su existencia en un río arterial donde la trípala, la farsa y la paparrucha se alimentan fastuosamente. Dice Neruda: «Antes de la peluca y la casaca/ fueron los ríos, ríos

arteriales./ fueron las cordilleras, en cuya onda raída/ el cóndor y la nieve parecían inmóviles». Con San Pinocho no ocurre así. La peluca y la casaca de lacayo distinguido, de mayordomo de grupa gualdapeada, presto siempre a la genuflexión ante el que manda, de rodillas para chuparla —mientras la autoridad se mantenga erecta— o para morderla —si el poder es perdido o entra en desgracia— viven y permanecen antes y por encima de cordilleras, ríos arteriales, cóndores y nieves.

Cronista de sí mismo, fautor de su hagiografía, exhibidor de linchamientos y martirologios, divulgador de datos y noticias conocidos en el ejercicio de su cargo, San Pinocho permanece en su covachuela acechando la gloria. Tiene el alma asotada y la coprofilia le traiciona el pico de la lengua. Injuria, difama, brinca y trisca sobre el honor y la dignidad de tirios y troyanos; se cisca en el crédito y el buen nombre de romanos y cartagineses; saca a relucir notículas de amor intervinidas por sus carceleros en nombre de la justicia y pregonadas por San Pinocho en nombre de la iniquidad y en procura de soporte para sus penúltimas prevaricaciones; exhibe su malicia más torcaz mientras hace abdominales y masculla eternos cuantos fecales entre resoplidos peloteros dignos del más lustrado de los coleópteros; comunica su odio verdiamarillo —color de esputo— por personas a las que, sin embargo de ese cainismo, osa inquirir oficialmente proponiendo medidas y procesos contra ellas; reproduce fide-indignamente conversaciones burladas y mentidas para avisar silencio y amenazar miedo. Y se pasa la vida vomitando, como queriendo arrojar violentamente de sí la negra conciencia que lo persigue. Son vómitos verdioscuros que provocan a vómito y hacen de la hematemesis una eterna sangría de búfalo atiborrado «in ipsa turpitudine». El sedicente libro urbanita no tiene pérdida. Está perdido por los senderos de Marte, donde vomitan muerte los borrachos. Menos mal que su parto y emergencia coinciden con una nueva excelente: un buen juez regresa a su oficio, tan necesitado como huérfano de personas honestas, lúcidas, valientes y justas. Por una vez, el poder indulta a un inocente. Su indulto es una requisitoria contra sus verdugos, un lujo para la carrera judicial y una bienaventuranza para sus amigos. San Pinocho de Jaén está de luto. ¡Qué pena tan lastimosa! No le sirven de consuelo las palabras de Séneca: «El buen piloto, aun con la vela rota y desarmado, repara las reliquias de su nave para seguir su ruta». Es un mal piloto y su nave sólo sirve para la rutina del esperimento.

Joaquín NAVARRO

